

“Nunca seremos ángeles”

Autor: José Ángel Ordiz (Asturias, 1955)

**“Mientras seamos nosotros,
tan cercano a veces el cielo,
ese mismo cielo tan lejano,
nunca seremos ángeles”**

Mateo García (versos de “Poemario
incendiado”)

La seguían los recuerdos y los perros mientras dejaba atrás un pasado de hijos muertos y soledades.

Desde uno de los riscos del pico Manodiós, el cabrero mellado, despeinado por el ábrego del día cambiante -se incendiaban los tolmos más cimeros, se apagaban; las nubes de algodón desflecado transitaban veloces ahora por el cielo, únicamente cerúleo durante la mañana, y cada vez con mayor frecuencia cegaban al sol estival-, advirtió la presencia lejana de la mujer y los perros en la curva de los barrancos, otro de los recodos del camino que conducía al pueblo de alta montaña donde él había nacido, la casa heredada de sus padres una vivienda más de piedra en la que buscaba refugio cuando abandonaba la cabaña del aprisco para comerciar con los vecinos y emborracharse en el chigre, que también servía de tienda. Valdés, el enjuto cabrero cincuentón, desde la distancia, reparó en los cabellos de fuego de la mujer y en el hatillo que portaba al hombro.

Mucho más cerca de ella y del pueblo, sentado en una llábana con las piernas flexionadas y cruzadas, la flauta y las manos en reposo sobre los muslos, el hijo de Rosendo observó que la mujer se detenía, miraba a su alrededor y finalmente se salía del camino y se dirigía hacia el arroyo. Mientras los tres perros bebían, la pelirroja de rizada cabellera fijó la vista en la pequeña cascada que formaba la corriente de agua que parecía proceder

directamente del cielo. La mujer dejó el hatillo junto a los romeros y saúcos de aquel paraje frondoso, se agachó para desatarse las abarcas y después, ya descalza, se quitó el sayo claro que vestía y avanzó desnuda hacia la cascada, puro cristal durante los fríos invernales. Tragó saliva el hijo de Rosendo, la mirada subyugada por los pechos y el vello púbico de aquella mujer madura pero tan hermosa aún. Extasiado por la visión de la desconocida purificándose en el agua, el flautista se percató demasiado tarde para intentar la huida de que los perros de la extraña, de pelaje pardo y más grandes que lobos, se habían alejado de la dueña y ahora lo rodeaban a él dispuestos a tarazarlo en un instante pues ya le mostraban los colmillos y gruñían.

El camino se bifurcaba a la entrada del pueblo; un ramal conducía hacia las casas de la parte baja, donde el chigre presidía la plazuela, y el otro hacia las viviendas de la parte alta, menos arracimadas que las anteriores. “Por ahí”, le indicó el flautista, recientemente declarado inútil total para el servicio militar, a la pelirroja con el pelo aún mojado. Celina le dio las gracias al joven Mateo -había bastado una simple orden femenina para que los perros se desentendieran del muchacho descarnado y pelón y volvieran junto al ama todavía desnuda-, le sonrió nuevamente, y el hijo de Rosendo García fue incapaz de sostener más allá de un instante la mirada de los ojos negros, muy negros, de la hermana mayor de Mariana, viuda de Marcos y pretendida por el bronco Rosendo, viudo también desde hacía unos meses, casi desde el mismo día en que la pareja de la guardia civil, guiada por Valdés el cabrero, encontró en un monte el cadáver de su marido con la cabeza destrozada por las postas de su propia escopeta.

A la casa de piedra de Mariana, en la parte alta del pueblo, separada de todas las demás, se accedía por una senda que finalizaba en la antojana donde, próximo al soportal, crecía un carrasco. “Llegaste”, saludó Mariana a Celina. La puerta trasera de la vivienda comunicaba con un terreno limitado por setos vivos -necesitados de poda- y varganales, donde, además de un huerto, había un gallinero con una docena de pitas, una pocilga en la que

hozaban dos cerdos y un tendejón casi repleto de aperos y de panojas de maíz -convenientemente esfoyadas y enristradas- que sirvió de cobijo para los perros de Celina, acostumbrados a guarecerse en un cobertizo similar en la morada que la dueña había abandonado para ir al encuentro de la hermana y a su lado mitigar al fin su soledad y, sobre todo, la de la viuda, menos habituada que ella a vivir sin compañía.

“Duerme conmigo esta noche”, le pidió Mariana a Celina. Su hermana la miró y asintió con el gesto: tenían mucho de qué hablar después de tantos años sin verse.

En la cuenca minera del Nalón, Celina se había quedado sola, tras la muerte de los padres, en otra casa de piedra de planta baja situada entre dos aldeas, junto a un río tan humilde que ni nombre tenía. Curandera y echadora de cartas como la madre -también experta en adivinar futuros leyendo las líneas de las palmas de las manos-, a ella acudían sin embargo menos personas enfermas o accidentadas que no podían pagar al médico ni sus remedios, y menos personas ansiosas de conocer el porvenir, que mujeres con la intención de librarse de las criaturas engendradas sin haberlo deseado. Y ella las complacía con la misma dedicación y prudencia con que trataba heridas y administraba pócimas y aplicaba emplastos y aventuraba mañanas a cambio de la simple voluntad, y para sí tenía que por eso, por haber acabado con tanta vida, sobre ella pesaba la maldición de parir hijos muertos, los tres hijos que había concebido tras yacer con hombres de paso, con jóvenes vagabundos de mirada triste y pocas palabras que, durante una noche, en su hogar que siempre olía a eucalipto, en su jergón y en su cuerpo oferente hallaron algo de lo mucho que habían perdido en la vida, ella únicamente interesada en tener un niño o una niña a pesar del rigor que demostraba la sociedad con las madres solteras.

Por el ventano del dormitorio entraba la luz argétea de la luna. El prolongado suspiro de Celina se unió al de la hermana, ambas tomadas de la mano y tendidas de espaldas en el colchón de lana que entre las dos tendrían que varear mientras durase el buen tiempo.

Buen tiempo hacía la primera vez que Marcos y Mariana, muy jóvenes los dos, hicieron el amor en un hayal mientras las vacas de los padres del mozo de tez morena -de carbón el pelo y la mirada-, embelesado por los ojos zarcos y los cabellos trigueños de la novia, pacían ajenas a las caricias y los besos que ellos se prodigaron antes y después de perder la virginidad el uno en el otro. También lucía el sol el día que se casaron sin saber que la guerra civil habría de separarlos poco más tarde y que, decantada la contienda en Asturias pero no en la totalidad de España, nuevamente juntos, no podrían amarse nunca más como aquella vez en el hayedo o como durante la noche nupcial y las noches siguientes, cuando, a pesar del ardor con que se poseyeron, no lograron concebir el hijo que ya no podrían tener durante la hambruna de la posguerra ni durante los años siguientes, aún lozana y fértil la esposa el atardecer de finales de invierno -“Nos engaña el tiempo, Celina; es mentira que lleve cinco meses viviendo sin él”- en que la pareja de la guardia civil y Valdés el cabrero trajeron del monte a su marido atravesado en el lomo de un mulo: francotirador en frentes siempre muy lejanos del pueblo donde lo esperaba su mujer -su norte, la única razón de su existencia, el reposo para su mente herida por tantos presentes atroces-, Marcos aprovechó brasas de cigarrillos en la oscuridad y otros descuidos del enemigo para acabar, uno a uno, con los soldados que lo separaban de Mariana, como acabó con los mandos del grupo que logró localizarlo al fin, capturarlo y caparlo de un tajo certero, del grupo que se alejó sin pegarle un tiro de gracia para que la hemorragia se encargara de matarlo con mayor lentitud, una hemorragia que le cortaron los suyos cuando él, antes de perder el sentido, ya se había despedido de su mujer susurrando apenas el nombre de la amada.

“No fue un accidente, Celina; no fue como dijeron los guardias, que se le disparó la escopeta sin querer. Estoy segura de que se suicidó. Yo tenía bastante con su sola presencia a mi lado para ser feliz, pero él no me creía. Él creía que era algo inútil para mí, un estorbo.”

Siempre atareado con su hacienda o con labores de otros vecinos para no pensar en su condición de esposo a medias, de amante desarmado, a veces dejaba sus ocupaciones de pronto, cogía la escopeta y se perdía por los montes. Y era entonces cuando Mariana temía por él, cuando su mujer temía que, lejos de ella, Marcos hallase el valor para quitarse la vida con el disparo del que le privaron sus enemigos.

“¿Quieres a ese Rosendo?”, preguntó Celina. “Quiero a Marcos”, respondió Mariana.

Rosendo García había enviudado tres meses antes que Mariana: su mujer, Modesta, con los primeros fríos del otoño, pilló una pulmonía doble y el médico -ya subía desde el valle en una moto, en una Lambretta; antes llegaba al pueblo a lomos de un caballo- no consiguió arrancarle la muerte del pecho a pesar de las sulfamidas que le suministró con urgencia, tardó el nuevo medicamento para ella porque tardía había sido la llamada de socorro por parte de Rosendo, que confundió el mal de la esposa con un simple catarro.

“Viuda tú, yo viudo...”. Sentado en la silla donde solía acomodarse Marcos, ante la mesa cercana al fogón de la cocina, Rosendo miró a la enlutada Mariana antes de añadir: “Siempre me gustaste, ya lo sabes”.

Miembro de la Contrapartida -formada por somatenes y falangistas voluntarios- que, junto con las tropas de varias Banderas de Falange y fuerzas moras, se enfrentó a los maquis, Rosendo dejó las armas cuando se creó la Brigadilla -compuesta por guardias civiles y policías armadas, vestidos de paisano para facilitar su labor de caza y espionaje, con plenos poderes y un sobresueldo-, pero algo había quedado en él de montaraz, en sus facciones angulosas, en su carácter, que vino a reforzar la rudeza que siempre demostró con palabras y actos.

Mariana lloraba por dentro cuando Rosendo volvió a hablarle: “Una mujer sola... Piénsalo, Mariana, piénsalo. Pero no lo pienses mucho: quiero tener un hijo contigo mientras puedas concebir”. “Ya tienes uno”, atinó a murmurar ella. “Ese maricón... Quiero tener un hijo de verdad, no un flautista

y poeta que se desmaya por cualquier cosa. Un día le desgracia el alma, ahora que no está Modesta para protegerlo”.

Pronto obtuvo Celina el aprecio de los vecinos del pequeño pueblo encumbrado en el falso llano de una montaña de cima roma como intimidada o custodiada por el pico Manodiós, mineros que bajaban de lunes a sábado hasta las explotaciones hulleras del valle y después regresaban a casa tiznados y desfallecidos, campesinos que trabajaban de sol a sol, mujeres casi siempre embarazadas que debían atender el hogar y ayudar a los maridos en las tareas del campo, ancianos y ancianas que no podían reposar ni en la vejez, niños y niñas que acudían en grupo a la escuela más cercana para al menos aprender a leer y a escribir y las cuatro reglas.

Ante todos ellos renunció a una parte de sus habilidades del pasado y se presentó únicamente como curandera. También como partera: ayudaría a traer criaturas al mundo y así compensaría el haber facilitado con sus agujas y sus artes que muchas otras se malograrán.

Siempre con los perros detrás de ella, por humedales y espesuras buscó Celina hierbas curativas y plantas medicinales, peligrosas algunas pues, dosificadas en exceso, podían resultar mortales, lo mismo que otras, tan venenosas de por sí como la mordedura de una víbora, en cantidades mínimas eran beneficiosas para tratar ciertos males.

Durante sus andanzas por los montes, entabló amistad con Valdés, y llegó a visitar la cabaña que el cincuentón mellado tenía junto al aprisco donde recogía el ganado cabrío. Valdés la codiciaba con la mirada, y también él empezó a visitarla cada vez que bajaba al pueblo. Siempre le traía algún presente, un queso, pieles, y una vez llegó a coincidir ante la

puerta de la casa de Mariana con Rosendo. “Qué haces aquí”, le preguntó Rosendo García. Y él respondió sin dudar: “Lo mismo que tú”.

Habían caído las primeras nieves. Hasta el joven Mateo, asomado al ventano de su dormitorio después de haber pasado la noche casi en vela buscando mentalmente una palabra, llegó el acre olor de la broza que alguien quemaba muy cerca de la vivienda de su padre. Era el propio Rosendo quien atizaba aquella fogata. Mateo García se fijó mejor en su progenitor y entonces descubrió que una mano paterna sujetaba su flauta y la libreta de tapas verdes con sus poemas. “¡No!”, gritó Mateo. Pero cuando llegó, descalzo y medio desnudo, junto a su padre, Rosendo ya había partido en dos la flauta y la había arrojado al fuego, donde ardía también el poemario que en vano trató el poeta de rescatar de las llamas. Rió el padre, lloró el hijo, y más tarde, hacia el mediodía, Mateo llamó a la puerta de la casa de Mariana y, mientras Celina le curaba las manos chamuscadas, les contó a las hermanas con una voz definitivamente tomada por el rencor lo que había oído que hablaban, meses atrás, Rosendo y Valdés el cabrero sin que ellos supieran que él los estaba escuchando.

“Pasa”, le pidió Rosendo al cabrero, y Valdés, antes de entrar en la vivienda del viudo reciente, preguntó: “Qué quieres”. “¡Pasa!”, endureció Rosendo la voz. Ambos en la cocina, junto al fogón, Rosendo le recordó viejos tiempos al cabrero: “Sabes que me debes la vida, sabes que te la perdoné cuando en la cabaña tenías guardado a aquel fugado herido que perseguíamos. Aunque yo sabía de sobra que tú lo escondías, callé para que los otros, los que venían conmigo, no te mataran, Valdés, ¿te acuerdas? Volví luego, solo, pero ya no pude cobrar la pieza que había dejado en tu tenada su olor y su sangre. Y marché sin pegarte el tiro que merecías, ¿te acuerdas?”. “Qué quieres”. “De todos modos, por si la vida que me debes no es bastante para ti, te pagaré buenos cuartos si me quitas de en medio a Marcos cuando salga por ahí con la escopeta. Que parezca un accidente, ¿oíste? De ti no desconfiará. Arréglatelas para matarlo con su arma. A él le

harás tanto favor como a mí, que no valgo para vivir sin mujer y me gusta la suya, la que él no puede montar.”

Mariana se tapó con ambas manos la boca, sus ojos horrorizados buscaron y hallaron los de Celina, al igual que ella impresionada por la confesión del poeta, que había visto, inadvertida su presencia de nuevo, cómo Valdés contaba los billetes que Rosendo le entregó el mismo día del entierro de Marcos.

Dos semanas después de que Mateo abandonara el hogar paterno decidido a comenzar en la capital, o donde fuera, una nueva vida, trapeaba sobre el pueblo al entrar la pareja de la guardia civil en el chigre para que algún vecino les firmara el parte que demostraría hasta dónde había llegado su penosa patrulla y, de paso, para catar el vino de alguna corambre que el chigrero hubiera empezado recientemente. Acababan de sacudir la nieve que cubría sus capotes cuando apareció en el chigre un pariente de Rosendo García con el gesto demudado: había ido a casa del primo y había encontrado a Rosendo muerto en la cama, arropado con mantas pero frío como un carámbano de los que colgaban de los aleros.

“Te gusta”, constató Celina, le sonrió al cabrero. “Ya lo creo”, asintió Valdés también con la cabeza, sentado a la mesa de Mariana, frente a él las dos hermanas. “Pues termina el pastel, que nosotras cenaremos el nuestro más tarde”, habló la viuda en esta ocasión. Ahíto, satisfecho, Valdés abandonaba la vivienda de Mariana cuando Celina, como si ya fuese su mujer, le pidió: “No te pares en el chigre”. “Descuida”, le contestó el cabrero enamorado, y añadió: “De aquí para el catre, que tengo que levantarme antes del amanecer”.

La curandera, acomodada en el poyo de la casa de Mariana mientras esperaba el regreso de la viuda de Marcos, que había ido por agua a la fuente como impulsada por el ábrego juguetón y al amparo de la luz de la luna llena, pensó que aquel pueblo era un buen lugar para vivir ahora que Valdés el cabrero había comido el mismo dulce con que Rosendo había saciado el apetito la noche en que murió.

Ladraron los perros de Celina.